

PARA PROFUNDIZAR EN LA FICHA 2

2. «Simón, ¿me amas?». Una simpatía arrolladora

El punto firme de Anduela*

Un año especial. Luego de repente la tragedia. Pero ella se descubre viviéndola «con una alegría que contagia» también los familiares musulmanes

Cuando el pasado mes de junio Anduela Keqi, 18 años, había recibido las notas, estaba feliz: ni un suspenso. Para ella suponía la coronación de un año realmente especial, no solo desde el punto de vista escolar. La amistad con los chicos de GS, que había conocido en primero de liceo a los dos años de llegar a Génova desde su tierra, Albania, se había consolidado. Era una aventura de la que no podía prescindir. Es verdad que sus padres de vez en cuando se quejaban: ¡estás siempre fuera de casa! Pero valía la pena. Ahora todos los proyectos para el verano podían llegar a buen puerto: las vacaciones comunitarias del grupo de GS, el Meeting de Rímini, adonde nunca había podido acudir hasta ahora, el Equipe de los bachilleres en septiembre...

Sin embargo, algún día después, recibe una llamada al móvil: «Papá está ingresado. Tienes que venir corriendo a Urgencias». Acongojada corre al hospital y allí se entera. No obstante el mar estuviese revuelto, el padre había querido acompañar a nadar a su sobrino, recién llegado a Italia para las vacaciones. Una ola había lanzado al chico sobre la orilla y arrastrado al hombre mar adentro. Cuando consiguieron sacarlo del agua estaba casi muerto. Ahora en la sala de reanimación lucha entre la vida y la muerte. Anduela no puede explicárselo: su padre que le tiene tanto miedo al agua alta...

En la sala de espera, llena de familiares angustiados, Anduela se siente desorientada. Lo único que logra hacer es enviar mensaje de teléfono a sus amigos más cercanos: «Rezad por mi padre». Recuerda: «Mi familia es de tradición musulmana, pero no somos practicantes. Yo empecé a rezar desde que conocí a los chicos de GS. Y aquel día, pensé que eso era lo único que podía hacer por mi padre: rezar por él y también por nosotros para que el Señor nos ayudara». Al cabo de un tiempo, desde el fondo del pasillo ve llegar a su mejor amiga, junto con Marina, la profesora responsable de GS, con su marido. Le dicen: «¡Nos quedamos aquí contigo!». Luego, según pasan las horas, la sala, el rellano, las escaleras del hospital, se llenan de amigos: universitarios, adultos, chicos de GS. «Desde ese momento ya no me quedé sola nunca». Tanto es así que los enfermeros y los médicos preguntan extrañados por esta “curiosa” familia albanesa. La escena se repite durante dos días. Luego, a causa de una parada cardíaca, el padre fallece.

El dolor es fortísimo, pero con estos amigos al lado está claro que existe Alguien más grande que prevalece. Es lo que permite seguir viviendo. De manera que esa misma tarde llama a Marina: «Me gustaría rezar un Rosario por él con todos vosotros. Vosotros sois mi punto firme». Al día después, la plaza delante de la iglesia de los Emilianos está abarrotada. Anduela »

* Paola Bergamini, *Tracce*, octubre 2016, p. 27.

» Ilega acompañada de tres primos suyos. La madre y el hermano pequeño han tenido que quedarse en casa. Allí están todos: Marina y el padre Beppe, con algunos amigos de GS que acaban de regresar adrede de sus vacaciones, los chicos del CLU, las familias con los niños. «Me sentí muy querida y esperada». Entre sus familiares está también su primo, el que vivió la tragedia. Este se acerca al marido de Marina y le dice: «Jamás he visto a personas que se quieren bien como vosotros. Hasta ahora jamás había pisado una iglesia, pero debo decir que algo tan bonito no la había visto nunca. Lo he grabado todo porque quiero que también vean en Albania esta belleza».

Pocos días después, Anduela con su madre y su hermano llegan a Lezha, a una hora de Tirana, para el funeral. Empieza un tiempo difícil para la chica. A su alrededor solo hay dolor y lágrimas en los ojos de las personas que abarrotan la casa. Recuerda: «Había tanta tristeza y yo pensaba: “Pero papá no era así. No puede habernos dejado solo este abatimiento. No me basta”». No se cansa de rezar, de pedir. Desde Italia los amigos no la dejan sola: la llaman y le envían sms. «No eran palabras vacías, sino palabras que iban llenando mi vida de certeza. Volvía a pensar en estos últimos cuatro años, a todo lo que de hermoso había vivido. Si todo aquel bien tenía un sentido, también lo que le había pasado a mi padre debía encerrar algún bien para mí. El dolor seguía igual, pero no la desesperanza».

Pasa la mayor parte del día cocinando para los familiares y los amigos que, según es tradición, vienen a visitarles. Un día un amigo de la familia le dice: «No pensaba que pudieras afrontar así esta situación. Estás serena». Es una serenidad que incluso a ella le cuesta entender, pero que contagia a su alrededor, de manera que su madre, una tarde la llama desde el balcón, y le dice a ella y a su hermano: «¡Venid a ver!». Un atardecer bellissimo tiñe todo el horizonte del cielo de colores. En su casa, en Génova, le tomaban un poco el pelo porque era ella la que a menudo decía: «¡Mirad que cielo más bonito! ¡Mirad qué noche cuajada de estrellas!». En cambio ahora... «Esa noche mi madre estaba contenta. Se había dado cuenta de esa belleza que tenía delante». Y cuando Anduela le lee los mensajes de sus amigos italianos, la mujer comenta: «¡Hija, cuánta gente te quiere!». La chica piensa: «De esta manera te quieren también a ti».

Según van pasando los días, una palabra se va abriendo tímidamente paso en los discursos de los parientes y los amigos: Dios. «Ahora papá es Suyo. Si Dios lo ha querido, todo esto tiene un sentido». Algo ha pasado. Una noche Anduela llama a Marina: «La nuestra no es una familia religiosa, nadie va a la mezquita. Pero en un momento dado he tenido la necesidad acuciante de afirmar algo que fuera más allá de la muerte».

Al cabo de mes y medio, la familia regresa a Italia. La vida retoma su curso, los amigos discretamente no les dejan solos. Pero para Anduela nada es como antes. «Es más que antes».